

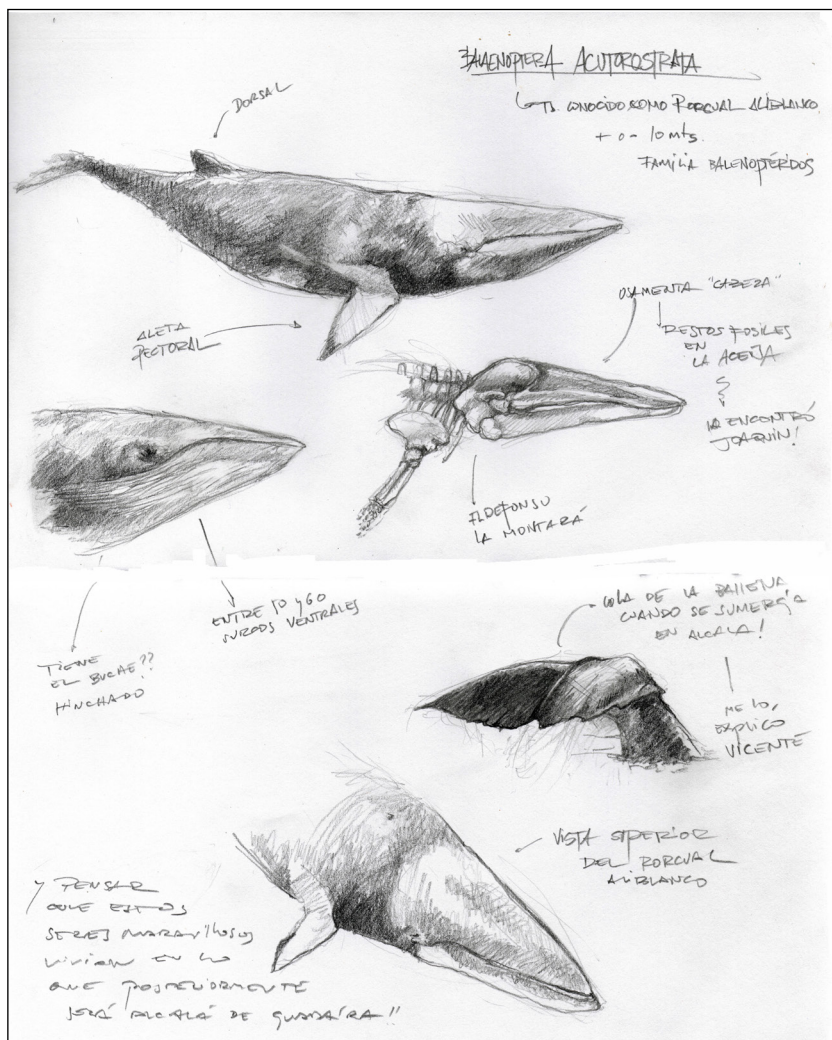
Joaquín Cárdenas Carretero, Rafael Castillo Gómez  
y Gracia María Sánchez Cobano

# EL TIEMPO SUMERGIDO.

UNA CRÓNICA Y CINCO RELATOS  
SOBRE LA BALLENA DE  
ALCALÁ DE GUADAÍRA



Paisajes con Letras



Cuaderno de apuntes de Guillermo Bermudo. Imagen cedida por Vicente Maestre.

# EL TIEMPO SUMERGIDO.

## UNA CRÓNICA Y CINCO RELATOS

### SOBRE LA BALLENA DE

### ALCALÁ DE GUADAÍRA

Joaquín Cárdenas Carretero

Rafael Castillo Gómez

Gracia María Sánchez Cobano



Ayuntamiento de  
**Alcalá de Guadaíra**

Alcalá de Guadaíra, 2020



**Paisajes con Letras**

Núm.: 11

**Edita:**

AYUNTAMIENTO DE ALCALÁ DE GUADAÍRA

**Coordinación de la colección:**

MUSEO DE ALCALÁ DE GUADAÍRA

**Textos:**

JOAQUÍN CÁRDENAS CARRETERO

RAFAEL CASTILLO GÓMEZ

GRACIA MARÍA SÁNCHEZ COBANO

**Ilustraciones:**

COLECCIÓN Y ARCHIVO DEL MUSEO DE ALCALÁ DE GUADAÍRA

**Diseño, maqueta y cuidado de la edición:**

JUAN DIEGO BAZÁN GALLEGO

**Imprime:**

PERMAGRAFIC 2017, S.L.U.

© Para la edición, Ayuntamiento de Alcalá de Guadaíra 2020

ISBN: 978-84-89180-78-9

Dep. Legal: SE-1251-2020

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Ayuntamiento de Alcalá de Guadaíra.

## «AQUÍ HAY BALLENAS...»

**C**UANTO procede de territorios desconocidos ha sido siempre fuente de leyendas fantásticas y origen de descripciones sobre seres mitológicos. Sirva como prueba que los cartógrafos antiguos señalaban en sus mapas los territorios inexplorados con dibujos de serpientes o criaturas similares, y la frase *Hic sunt dracones* («Aquí hay dragones»).

Selvas y junglas, cimas inalcanzables, otros planetas y galaxias, y por supuesto las oscuras aguas de los fondos marinos, han servido con frecuencia como inspiración de las más apasionantes aventuras, relatos que alguna vez nos atraparon en las páginas de un libro o en la magia de una sala de cine.

En octubre de 2010 llegaban al Museo de Alcalá de Guadaíra, que había abierto sus puertas cinco años antes, los restos fósiles de un cetáceo del Messiniense superior, de unos seis metros de largo y más de seis millones de años de historia. Había sido descubierto tres décadas antes por el profesor Joaquín Cárdenas Carretero en el escarpe del alcor que cierra un tramo del cauce del Guadaíra, en su margen izquierda, a la altura del Molino de La Aceña, y será él mismo quien nos relate en páginas siguientes la crónica de este hallazgo.

Con la colaboración imprescindible de Ildefonso Bajo Campos y de Manuel Vicente Maestre Galindo los dieciocho meses siguientes se

dedicaron al tratamiento de conservación y consolidación de los huesos que formaban parte del esqueleto, así como a la musealización de los mismos, con la perspectiva de que *la ballena* fuera el elemento protagonista de una primera sala permanente en el Museo de nuestra ciudad, Alcalá de Guadaíra, dedicada a su pasado geológico y paleontológico.



Vista de la Sala 1 del Museo de Alcalá de Guadaíra.

Dicha sala abrió sus puertas al público en la primavera de 2012, completada con una interesantísima colección de fósiles del término alcalaño, cedida por los tres directores y diseñadores de la muestra, además de otros colaboradores como Adriano Pineda Correa, José Manuel Segura Jiménez y Pablo Maestre Gómez. Desde el primer momento tiene un extraordinario atractivo para la población en general y un singular interés para estudiosos e investigadores, que desde distintos lugares del mundo se han desplazado para conocer la singularidad del cetáceo fósil.

Los niños tal vez han sido los más apasionados visitantes de nuestra ballena, acudiendo a verla tanto en grupos escolares como con su propia familia, y algunos repetidas veces, dando lugar a la organización de talleres didácticos, concursos y otras muchas actividades.

Unos y otros, científicos y niños, representan los dos polos de atracción de esta sala del Museo, desde el rigor de la mirada científica a la ilimitada de la fantasía.

Prueba de la caudalosa fuente de imaginación que estos temas siguen siendo para los creadores es la selección de relatos que completan este volumen, cuya edición quiere conmemorar el décimo aniversario de la llegada de los restos fósiles de la ballena al Museo de Alcalá. Gracias a los autores, Joaquín Cárdenas, Rafael Castillo y Gracia Sánchez por su colaboración. Esperamos que los lectores puedan disfrutarlos, y que a partir de ahora, cuando se encuentren en ese paisaje singular de nuestra ciudad que es el entorno del Molino de La Aceña, se dejen llevar a lo que allí sucedía hace seis millones de años...

FRANCISCO MANTECÓN CAMPOS



*Orillas del Guadaira.* David Serrano Díaz, 2019.

Técnica mixta sobre tabla, 38 x 55 cm.

Colección Museo de Alcalá de Guadaira.

## HISTORIA DE LA BALLENA FÓSIL DE ALCALÁ DE GUADAÍRA

**E**RA un caluroso día de mayo de 1970, sábado, si mal no recuerdo. Tenía apenas veinte años recién cumplidos y varios amigos habíamos ido desde Dos Hermanas a Alcalá a darnos un chapuzón en el río, como tantas otras veces en los últimos cinco años. Aunque la casa de nuestro amigo Tito tenía una piscina que frecuentábamos asiduamente, nuestras excursiones en bicicleta a Alcalá, unas veces al Molino Hundido y otras, las más, a La Aceña, proporcionaban a nuestros ojos adolescentes una incomparable sensación de aventura y libertad.

La azuda del Molino de La Aceña o Aceña Trapera, al igual que otros molinos de canal del Guadaíra, represaba el agua del río, formando un ancho embalse de poca profundidad, transformada para nosotros en una alberca segura donde bañarnos. Los alrededores estaban cubiertos por una frondosa vegetación y a pocos metros de allí, en la orilla de la margen izquierda del río, había un gran paredón rocoso. El río lo había erosionado, formando un cortado de lo que a mí me parecían por aquella época unos veinte o treinta metros de altura. El cauce del río discurría a unos diez metros del cortado y la base de éste era un amasijo de rocas de diferentes tamaños, caídas del paredón contiguo. En el corte era posible distinguir con claridad dos terrenos de diferente consistencia y coloración. Desde la base hasta cinco metros de altura, uno más terroso de color gris azulado y de ahí hacia arriba, otro más rocoso de color amarillo albero, que en un lateral formaba un gran saliente o visera que proporcionaba sombra y humedad a una buena masa de vegetación desarrollada a su abrigo.



Entorno natural del Molino de La Aceña.

Ese día, tras los pertinentes remojones, me dediqué a la búsqueda de conchas fósiles entre los bloques de la base del paredón. No sabría decir muy bien en qué momento de mi temprana adolescencia nació esta afición, pero hasta donde recuerdo, siempre que salía al campo me acompañaba una pequeña mochila que alojaba un martillo y varios cinceles, especialmente si –como era frecuente– el destino era alguna de las canteras de Dos Hermanas, Alcalá y de otros pueblos cercanos.

Ya había removido bastantes piedras y encontrado varias conchas de pectínidos fósiles, cuando una roca ligeramente plana, en forma de losa, de unos quince centímetros de grosor, llamó mi atención. En uno de sus laterales vi la silueta de algo que inmediatamente reconocí por haberlo visto antes en una exposición. Era la cara lateral de una vértebra. Tras mover la roca, con no poca dificultad por su peso, comprobé que el lateral opuesto presentaba también la misma silueta, indicio éste por el tamaño del bloque, de que podía albergar en su interior parte de una columna vertebral con varias vértebras (cuatro, según pude comprobar posteriormente), además de otros fragmentos de hueso que también era posible apreciar.



A los gritos por el hallazgo recién descubierto acudieron mis amigos y al poco comenzamos a especular sobre el mismo... ¿A qué animal pertenecían aquellos huesos? ¿Estaría en la zona el esqueleto completo? Uno de ellos preguntó: ¿será de un dinosaurio? Cada uno disparaba según sus conocimientos en la materia. Supusimos que habría más huesos y buscamos por los alrededores, aunque sin éxito. Pasada la novedad, el baño y los juegos reclamaron nuevamente su atención, hasta que llegó la hora de regresar a casa. Camuflé el hallazgo entre las piedras como mejor pude y marchamos.

El nerviosismo y la excitación que me recorrían fueron suficientes para que no pudiera pegar ojo en toda la noche. Al día siguiente, muy temprano, regresé a La Aceña. Rebusqué en el mismo lugar de la víspera y encontré algo enterrada una piedra pequeña, de unos veinte centímetros, con indicios de huesos. Esta nueva piedra la oculté, y la encontrada el día anterior, envuelta en un saco de yute, después de no pocos intentos, conseguí colocarla atada, en el portaviandas trasero de mi bicicleta. Con gran dificultad conseguí alcanzar la carretera, aunque una vez allí, hube de multiplicar el esfuerzo para superar las cuestas de la salida de

Alcalá hacia Dos Hermanas. Afortunadamente, al menos el tráfico por aquel entonces era escaso, comparado con el actual. Una vez en casa, comenzó una tarea no menos interesante, la de descubrir los huesos y extraerlos. A base de martillo y cincel, eliminando la roca dura que cubría los huesos hasta poder ver la forma, posición y tamaño de éstos dentro del bloque. Realicé varios dibujos de la silueta de cada piedra y de los huesos en su interior, adjudicándole a cada uno de ellos un número. Esto me permitiría posteriormente, reconstruir la posición de los huesos.

El domingo siguiente, beneficiándome de que también a mi hermano le gustaba frecuentar el río, conseguí que me llevase en coche pues, aunque yo también conducía, él tenía prioridad sobre el coche familiar. Esta ocasión lógicamente, también la aproveché para dar una nueva batida. Como ya suponía, de haber más restos, éstos no estarían en la superficie. Localicé cuatro piedras más con huesos, todas ellas más o menos en la misma zona, enterradas bajo tierra suelta. La mayor de ellas la volví a camuflar y me llevé las otras tres, además de la que había ocultado la semana anterior. Este material, supuse que me tendría calmado y ocupado todos los ratos libres del verano.

Sin embargo, por las noches, imaginaba que el resto del esqueleto se encontraba por allí y que, de volver a La Aceña, sería capaz de encontrarlo. La ilusión que tenía por recuperar y reconstruir el fósil completo de aquel organismo, fuera el que fuese, se había apoderado de mí, y a finales de junio regresé con mi amigo Tito, en coche eso sí, para no repetir la mala experiencia sufrida con la bicicleta. Nos bañamos en el río, paseamos por la zona, exploramos una galería y un pozo que hay por el camino algo más arriba. Todo ello entre ojeada y ojeada al yacimiento del fósil. Aprovechando que el cauce del río estaba bajo, ampliamos la zona de búsqueda sin encontrar nuevos huesos. Dando vueltas a diferentes posibilidades, supuse que, si los restos localizados podían proceder del paredón contiguo, cabía la posibilidad de que parte del esqueleto estuviese aún enterrado en la pared, así que empezamos a buscar algún posible indicio. Tras un buen rato limpiando de musgo la pared, a unos tres metros de altura, vislumbramos la silueta de una vértebra similar a las del primer bloque. A dicha altura había que añadir, en la base del corte, una zona aún más baja que se inundaba con las crecidas del río en invierno, y donde se habían acumulado los arrastres de éste.



*Molino de La Aceña.* Enrique Blanco Gavira, 1977.

Óleo sobre lienzo, 60 x 72 cm.

Colección Museo de Alcalá de Guadaíra.

Después de apartar unos troncos gruesos de la zona con el fin de nivelar la superficie, comenzamos a rellenarla con rocas sueltas y estériles. La hora y el cansancio se nos echaron encima y decidimos marchar, llevando un pequeño bloque con huesos localizado en la parte movida y otro de la vez anterior.

Durante los dos meses siguientes regresé a La Aceña al menos en tres ocasiones, llevando cuerdas y una especie de jabalina que usábamos en casa, de algo más de metro y medio de largo. Con los troncos que anteriormente había apartado y otros más que había por allí, amarrados con las cuerdas, fabriqué una especie de andamiaje, parecido a una escalera, que me permitía aproximarme a la altura donde se encontraba la vértebra en la pared, y excavar con la jabalina a modo de palanca. De este modo conseguí arrancar de la pared múltiples fragmentos de roca que correspondían a vértebras y discos intervertebrales.

La actividad en casa, con la limpieza de los restos encontrados era incesante. Con las vértebras al descubierto ya sabía que correspondían a un cetáceo, pero ¿de qué tipo? Las posibilidades eran múltiples: delfín, ballena, marsopa, beluga, zifio, cachalote, orca... ¿Y si apareciese el cráneo...? Esta última no era una cuestión menor, y requiere una explicación. Los cetáceos se dividen en dos grandes grupos, según su fuente de alimento: los que comen cefalópodos y peces poseen dientes (odontocetos) grupo que engloba a delfines, cachalotes, orcas, zifios, marsopas, narvales y belugas. Y los que se alimentan de krill, en lugar de dientes poseen barbas o ballenas (misticetos); agrupa a ballenas propiamente dichas y rorcuales. Por ello, el cráneo de un cetáceo y sus mandíbulas son elementos fundamentales para su clasificación. La observación en el campo de la vértebra conservada en el corte y el trabajo de mi modesto laboratorio empezaban asimismo a proporcionar algunas claves de lo que se conoce como tafonomía, básicamente el estudio del proceso que abarca desde la muerte de un organismo y la fosilización de sus restos, hasta su localización en un yacimiento. La posición de las vértebras en la pared señalaba que el animal había permanecido boca abajo y la dispersión de los huesos y su fracturación, que debía haber quedado enterrado en el sedimento, ya como esqueleto, con huesos desplazados de su configuración anatómica en vida. Además, la abundante presencia de corales solitarios fósiles indicaba que los huesos estuvieron expuestos, antes de ser enterrados por el sedimento, sobre el fondo marino colonizados por diversos organismos invertebrados.

Hasta finales de verano de 1971 no visité de nuevo la zona. Para mi sorpresa, el enorme saliente de roca calcarenítica que coronaba el paredón se había desprendido, formando una montaña de bloques, muchos de ellos enormes, en la base del corte. Había ocurrido durante el invierno anterior según me dijeron, y afortunadamente, a unos cincuenta metros a la derecha del yacimiento, que de otro modo un poco más a la izquierda, hubiera quedado sepultado definitivamente. Realicé varias visitas más antes de acabar el verano, la mayor parte de ellas infructuosas, salvo otras vértebras que logré extraer de la pared. Conforme, las iba sacando, observé que la columna vertebral formaba una línea oblicua con el plano de la pared. La prolongación de dicha línea imaginaria hacia el exterior debía indicar dónde habría podido caer en la base del corte, el resto del esqueleto. Pero no encontraba nada allí.



*Sin título.* Beatriz Rivas Blanco, 2014.

Óleo sobre lienzo, 55 x 46 cm.

Colección Museo de Alcalá de Guadaíra.



*Azuda*. Francisco Martín Barea, 2016.

Óleo sobre lienzo, 46 x 55 cm.

Colección Museo de Alcalá de Guadaíra.

Transcurrió otro año, y a principios de verano de 1972 decidí excavar profundizando más en la zona donde la línea señalaba que podría encontrarse el cráneo. Y efectivamente, tras no pocos esfuerzos, di con un bloque de gran tamaño que mostraba abundantes huesos en su lateral, (se trataba de las vértebras cervicales, como pude comprobar más tarde). Este enorme bloque presentaba todos los indicios de albergar el cráneo del fósil en su interior. Las crecidas anuales del río habían enterrado la roca bajo sucesivas capas de lodo. Limpiando la parte superior del bloque pude comprobar que éste se encontraba fracturado en varias zonas y sus laterales rellenos de marga blanda, lo que posibilitó extraer los fragmentos más pequeños de la roca y transportarlos en varios viajes de coche, envueltos como siempre en el mismo saco de yute usado antes.

El núcleo principal del bloque era demasiado grande para transportarlo. Por ello, con ayuda de cinceles, fue necesario aligerar su peso eliminando parte del volumen de la roca matriz que albergaba los restos óseos. Aun así, éste seguía siendo grande, por lo que tuve de ingeniar

un artilugio para transportarlo. Con los palos de las ramas que encontré por la zona, algunos de los cuales ya había usado para el andamiaje, atados con cuerdas, construí una especie de parihuela que, a modo de camilla como las que había visto usar a los indios en las películas para transportar a los enfermos y con la ayuda de mi hermano, nos sirvió para trasladar el bloque hasta el coche.

En dos visitas posteriores seguí excavando y ampliando la zona de búsqueda, aunque sin resultados. Estos esfuerzos algunas veces fútiles en el campo, se veían compensados sin embargo por los progresos en el laboratorio casero. Lo que yo llamaba «mi laboratorio», no era más que un espacio habilitado dentro de un cuarto trastero multiusos al fondo del patio de la casa de mis padres. Allí se disponían mis colecciones de minerales y fósiles, y entre ellos, por supuesto, y en lugar destacado, los restos fósiles de la ballena. Todos los fragmentos de huesos iban tomando forma al limpiarlos, consolidarlos y, a veces, reconstruirlos. El cráneo y las mandíbulas ya eran perfectamente reconocibles y ponían de manifiesto que el ejemplar pertenecía al grupo de los cetáceos barbados o sin dientes, es decir al suborden de los mysticetos.

Pasados los años, por mi actividad paleontológica, tuve noticia que en el Arroyo Galapagar de la Sierra Norte de Sevilla, se habían localizado huesos de ballena en la excavación de un pozo, y que éstos se habían trasladado a Sevilla para su estudio por especialistas. Conseguí contactar con la persona encargada del proyecto con la intención de ver y comparar dichos restos con los míos, pero no fue posible. Los fósiles se habían almacenado en un sótano, sin limpiarlos ni estudiarlos. Empezaba a vislumbrar que mi ballena debía correr mejor suerte. No obstante, la preocupación de hacer las cosas dentro de la legalidad, hizo que poco más tarde intentase dar a conocer mi hallazgo a las autoridades pertinentes. Sobre 1979-1980 me puse en contacto, vía telefónica, con algún departamento de la Consejería de Cultura (no recuerdo exactamente cual, pues hacía poco tiempo que se había constituido la Junta de Andalucía). Tras pasar mi llamada de un departamento a otro me recomendaron contactar con el Museo Arqueológico. Ante mi reticencia exponiendo que no se trataba de restos arqueológicos, que tuvieran que ver con la historia de la humanidad, sino paleontológicos, me dieron una dirección del Puerto de Santa María donde había un señor que había recogido ya «otras piedras

con huesos». Verdaderamente, me quedó claro que no sabían qué hacer con mi caso, y a partir de este momento tomé conciencia de que la responsabilidad de conservar los fósiles y su titularidad eran míos.

Transcurrieron así bastantes años sin nada especialmente reseñable en lo que a los restos de la ballena fósil respecta, salvo su traslado en 1984, desde el domicilio paterno a mi nuevo domicilio conyugal. Allí, el neurocráneo y las mandíbulas permanecieron expuestos, colocados sobre una peana fabricada exprofeso y ésta, sobre un mueble cuya parte inferior era una cajonera con mi colección de conchas de moluscos marinos. El resto de las piezas del esqueleto permanecían bien embaladas guardadas en cajones. A lo largo de aquellos años fueron muchas las personas, entre amigos, profesores, compañeros y conocidos, que pasaron por casa para contemplarla.

Fue en torno a 1995-1996 cuando oí hablar, y posteriormente conocí, a Joaquín Sendra, paleobiólogo valenciano, que preparaba su tesis sobre los cetáceos fósiles de la Península Ibérica. Por esas mismas fechas también conocí a Ildefonso Bajo, con quien he estado vinculado desde entonces en numerosos proyectos de paleontología y él a su vez involucrado desde ese momento, en el devenir de la ballena fósil. En 1996 junto a Ildefonso y otros amigos, propusimos al Ayuntamiento de Dos Hermanas realizar una exposición con el título de «I Exposición Nazarena de Fósiles y Minerales». Finalmente tuvo lugar entre febrero y marzo de 1998. En ella, los restos fósiles de la ballena se expusieron por vez primera al público general, ocupando un lugar destacado dentro de la muestra, aunque con un montaje algo rudimentario. También se redactó un artículo que firmamos Joaquín Sendra, Ildefonso Bajo y yo dando a conocer al mundo científico el descubrimiento de los restos de la ballena. Dicho trabajo se presentó en las XII Jornadas de la Sociedad Española de Paleontología que tuvieron lugar en Badajoz en octubre de 1996. Por último, ese mismo año se redactó un proyecto de prospección paleontológica para excavar en La Aceña con el objetivo de recuperar los fósiles que aún pudieran quedar enterrados en el corte. El proyecto, firmado por don Eduardo Mayoral, Joaquín Sendra, Fernando Muñoz, Ildefonso Bajo y yo, fue presentado en la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, y aprobado en 1997, pero no pudo llevarse a cabo hasta 1999, al no liberarse en su momento la partida presupuestaria

aprobada. La prospección, a pesar de la gran cantidad de sedimento removido, no tuvo gran éxito en lo que al material recuperado se refiere: una vértebra caudal, tres discos intervertebrales muy fragmentados y un trozo pequeño de costilla. Los resultados se publicaron en el Anuario Arqueológico de Andalucía en 2001. El material fue depositado en la litoteca de la Facultad de Ciencias Experimentales de la Universidad de Huelva, donde fue extraviado durante el cambio de ubicación de dicha Universidad, según me informó D. Eduardo Mayoral, al solicitárselo para que formaran parte del montaje actual de la ballena.

En 2001, tras su visita a Sevilla, acordé con Joaquín Sendra cederle temporalmente, durante año y medio el cráneo y las dos ramas mandibulares de la ballena para su limpieza y estudio en su domicilio allicantino. Después de ver el ejemplar, Joaquín nos adelantó que el fósil pertenecía a la familia Balaenopteridae, con ciertas semejanzas a los rorcuales actuales, aunque con matices, que hacían que pudiera tratarse de una nueva especie aún no descrita para la ciencia. Para su traslado y transporte, las piezas se envolvieron con papel de aluminio, proyectando sobre él espuma de poliuretano. Una vez seca ésta, se cortó el molde en dos partes, una inferior como lecho y otra superior como cubierta.

En octubre de ese mismo año 2001, Ildefonso y yo organizamos una nueva exposición: Fósiles del Neógeno Andaluz, esta vez en la Casa de la Cultura de Alcalá de Guadaíra, donde se presentó en forma de panel una fotografía de gran tamaño del cetáceo fósil.

En 2002, tras la buena acogida que tuvo la exposición de fósiles y minerales en Dos Hermanas, el Ayuntamiento nos solicitó a Ildefonso y a mí un artículo sobre los cetáceos fósiles para la Revista de Feria de dicha localidad. Con el título «Los cetáceos fósiles de la provincia de Sevilla», incluía un apartado sobre «El cetáceo de Alcalá de Guadaíra».

En 2006, incorporado al grupo de trabajo el geólogo Vicente Maestre, obtuvimos la beca de investigación sobre patrimonio paleontológico convocada por el Ayuntamiento de Alcalá de Guadaíra. En la memoria de dichos trabajos, presentada en 2008, se recogían la descripción y figuras del cetáceo fósil.

A finales de 2008 mantuvimos varias reuniones con D. Francisco Mantecón, durante las cuales nos comunicó su proyecto, como director técnico del Museo de Alcalá de Guadaíra, de transformar la planta baja del museo, dedicando cada una de sus cuatro salas a exposiciones permanentes de diferentes etapas de la historia de la ciudad, comenzando en la primera de ellas con la geología y paleontología de Alcalá de Guadaíra, e inaugurando las demás en años sucesivos, mientras la planta superior seguía dedicada a exposiciones temporales. La dirección del Museo nos propuso a Ildefonso Bajo, Vicente Maestre y a mí, el diseño y montaje de esta primera sala, donde el fósil de la ballena iba a ser la pieza más destacada. En sucesivas reuniones seguimos trabajando en el proyecto de la sala y su ejecución, así como el procedimiento legal para la cesión de los restos fósiles al Ayuntamiento de Alcalá. Una letrada amiga, María de los Ángeles Bajo, hermana de Ildefonso, redactó los documentos legales y en abril de 2010 fue presentado en el registro municipal. En mayo fue presentado a la Junta de Gobierno Local y aceptada la cesión del fósil. En octubre se formalizó la recepción de los restos fósiles por parte del ayuntamiento estando presentes en la firma, además de D. Francisco Mantecón Campos, Dña. María José Borge Montero, como concejala de Servicios Económicos y D. Fernando Manuel Gómez Rincón, como secretario, en representación del consistorio municipal y yo, Joaquín Cárdenas Carretero, como propietario y cedente de las piezas.

Semanas antes de su recepción por parte del ayuntamiento, se acordó con Joaquín Sendra la recogida de las piezas cedidas para su estudio en 2001. En una jornada maratoniana, Ildefonso y yo fuimos en automóvil a Alicante y regresamos de allí con ellas. Éstas, en casa de Joaquín Sendra, habían permanecido en la cama de poliuretano preparada nueve años antes para su transporte a Alicante y ese mismo soporte fue el que utilizamos para su transporte de retorno. Esta vez, las piezas se depositaron en una sala de almacén anexo al Museo de Alcalá, en las dependencias de una antigua comisaría de la policía nacional de Alcalá, habilitado como laboratorio para realizar el montaje de la ballena fósil.

De forma previa se recopiló información sobre las posibles formas del montaje museístico. Para ello se realizó una visita al Museo de Mundo Marino en el Parque Dunar de Matalascañas, inaugurado en julio de 2002, y hoy día cerrado, aunque una pequeña parte de sus colecciones

se expone en la Casa de la Ciencia de Sevilla. Dicho museo contaba con un buen número de esqueletos y réplicas a tamaño natural de diferentes especies de cetáceos actuales y allí se realizaron fotografías de detalle, especialmente de cráneos y huesos de la extremidad anterior de algunos de los ejemplares expuestos. De todos ellos, decidimos tomar como modelo uno de rorcual aliblanco (*Balaenoptera acutorostrata*) pues, salvando las diferencias, era el que presentaba mayor similitud con nuestros restos fósiles.

Decidimos montar el fósil en una posición anatómica similar a la que el ejemplar habría tenido en vida. Con el fin de que el observador pudiera visualizar el ejemplar completo, eran fundamentales dos cosas: reconstruir una columna vertebral en toda su longitud natural, reproduciendo las vértebras ausentes, y montar una estructura metálica que sostuviera el esqueleto, aparentemente en el aire, dándole sensación de volumen. Hubo que localizar a un equipo de mecánicos soldadores, especialistas en acero inoxidable, que proporcionaron el material requerido y realizaron parte del trabajo de montaje. Estos trabajos fueron realizados durante nuestro tiempo libre los fines de semana, de forma altruista por nuestra parte.

La columna vertebral del cetáceo actual tomado como modelo presentaba 47 vértebras, y dado que solo contábamos con 18 vértebras fósiles fue necesario reproducir en escayola las 29 restantes, trabajo que corrió por mi cuenta. Para ello realicé moldes con látex y plastilina de las vértebras existentes. Para las vértebras lumbares, que cambian progresivamente de forma y tamaño, modelé éstas en arcilla y sacando moldes de ellas se fabricaron posteriormente en escayola. Para modelar cada vértebra me basé en las fotografías realizadas del esqueleto de rorcual aliblanco actual utilizado como referencia. Todas las réplicas fueron realizadas en mi casa y luego trasladadas al almacén-laboratorio del museo. Asimismo, también allí se restauraron en escayola algunas zonas fracturadas o ausentes de las piezas originales, especialmente de las vértebras cervicales.

En las sucesivas jornadas dedicadas al montaje, además de restaurar las piezas que así lo requerían, se trataron todos los huesos con consolidante. Posteriormente, se aplicó un tinte de color marrón ocre para

igualar el color de las partes restauradas. Las réplicas de escayola se pintaron de color gris, en contraste con los restos fósiles originales, para facilitar su identificación visual por parte de los visitantes, una vez estuviera expuesto. Además, se decidió que cada pieza estuviera soportada individualmente, sujetas por tornillos, sin taladrar los fósiles, de modo que se preservara su integridad, y se facilitara el montaje y desmontaje individual en posibles estudios posteriores.

En marzo de 2012 el ejemplar de ballena ya montado quedó expuesto al público con carácter permanente en la sala primera del Museo de Alcalá de Guadaíra junto a cerca de un millar de fósiles en la Exposición «Alcalá antes del hombre». Un espejo colocado en la base permite apreciar la base del neurocráneo, donde se sitúan los huesos del oído o bullas timpánicas, elementos que en las ballenas juegan un importante papel en su sistema de ecolocalización y comunicación y son también claves para su identificación taxonómica. Asimismo, en la base se dejó una de las vértebras fósiles originales, en su matriz sedimentaria, con el fin de poder apreciar el color original de la pieza y de su matriz, la dureza de esta última y la estructura del arco neural a partir del cual se reconstruyeron los de las demás.



Joaquín Cárdenas Carretero en una vista guiada a la sala, ante el fósil del cetáceo.

Durante la fase previa de montaje, se tomaron fotografías, que se enviaron a varios paleontólogos argentinos e italianos, especialistas a nivel mundial en cetáceos fósiles, confirmando éstos el interés científico del ejemplar y señalando, al igual que Joaquín Sendra, que podía tratarse de una nueva especie o incluso de un nuevo género aún no descrito. El interés despertado en el paleontólogo italiano Giovanni Bianucci de la Universidad de Pisa (Italia), hizo que nos pusiera en contacto con Felix G. Marx, joven especialista en cetáceos fósiles de origen austriaco y conservador del Museo Nacional de Nueva Zelanda Te Papa Tongarewa, quien en su recorrido por varios países europeos estudiando ejemplares destacados de cetáceos fósiles, incluyó una jornada de visita al Museo de Alcalá, para medir, fotografiar y estudiar los restos fósiles de la ballena de La Aceña en julio de 2014.

Cuando escribo estas líneas, están próximos a cumplirse 50 años desde que encontrara el primer fragmento de la ballena fósil de La Aceña. Puede parecer mucho tiempo, y que duda cabe que lo es en la vida de un hombre, al menos lo ha sido en la mía, en la que me han acompañado durante más de tres cuartas partes de mi existencia. Muy poco o nada, sin embargo, comparado con la magnitud del tiempo geológico y los alrededor de seis millones de años transcurridos desde que un ejemplar joven de ballena muriese quedando varado en el fondo marino, hasta que el calor de un día primaveral hizo a un grupo de jóvenes desplazarse al río Guadaíra para darse un baño y aliviarlo, y posibilitó el comienzo de esta historia que aquí he narrado.

Como resumen solo puedo decir que la ballena vino a mí por sorpresa. La rescaté, la liberé de su prisión sedimentaria, la restauré, y la cuidé durante el tiempo necesario. Más tarde, la presenté a la sociedad para su conocimiento y estudio y por último –con la colaboración de otros–, la acicalé y la expuse para el disfrute de todos.

JOAQUÍN CÁRDENAS CARRETERO

Con la colaboración de:

Manuel Vicente Maestre Galindo  
e Ildefonso Bajo Campos.

Dos Hermanas, Sevilla, a 25 de febrero de 2020



## GUADAÍRA I\*

UNA vez más en el camino, Olivia se deja invadir por mil estímulos que, no por conocidos, provocan menos admiración a sus sentidos. Entre adelfas, acebuches y retamas sigue el manso curso del Guadaíra, asaltado en sus márgenes por juncos y cañaverales. Siempre la ha confortado contemplar la silueta de los pinos allá arriba, recortados contra el azul intenso; sin embargo, hoy una desazón indefinible la picotea de tanto en tanto. El descaro del petirrojo al borde de la vereda la rescata de esa desagradable inquietud y la devuelve al sendero. Aquí todo está bien. Como una niña que anticipa el cuento ya conocido, piensa: «Pronto llegaré al molino».

«Durante siglos, el bello Molino de La Aceña tomó prestadas las aguas del Guadaíra para dar aliento a los rodeznos que hacen girar las piedras encargadas de moler el grano. Al resguardo de gruesos muros y rústicos techos abovedados, las ruedas acompasaron su molienda al ritmo del río y el latir del molinero». Recita, haciendo suyas una vez más las palabras tantas veces escuchadas. El canto multicolor del estornino, apostado en lo alto de la maciza torre almenada, la acompaña mientras cruza a la otra orilla... No puede más. «Esto es absurdo ¿A quién pretendo engañar? Yo, soy absurda. Toda mi vida es un absurdo». Se lamenta entre la rabia y la frustración desconectando con brusquedad el holograma envolvente y dando fin así a la experiencia multisensorial.

---

\* Las imágenes que ilustran este capítulo proceden de: Wikipedia. Autor: NOAA United States. National Marine Fisheries Service (p. 32); <<https://www.cetaceosynavegacion.com/cetaceos-avistados-desde-el-karyam/>> (p. 38) y <<https://prehistorico.fandom.com/es/wiki/Megalodon>> (p. 39).

Fue por azar que encontró el viejo proyector holográfico y los anticuados conectores sensoriales al ocupar su última residencia y, aunque en un principio no les prestó demasiada atención, aquel fragmento de realidad virtual en que recorría la ribera en pos del umbrío pie del talud, frente al Molino de La Aceña, terminó por ser un refugio para ella, un lugar al que escapar cuando la cotidianidad se hacía insoportable. Reconoce cada recodo, espera el tramo en que vuela la curruca, el salto del mirlo y el balanceo de la rama al viento. Aspira el aroma de la tierra mojada. Son suyos. No le molesta no entender de qué hablan las poéticas descripciones que ha aprendido de memoria. Son tan suyas como el rótulo con que empieza la proyección «Museo de Alcalá» que, perdido ya su referente, da nombre al único lugar que siente propio en un tiempo que adivina mejor que éste que le ha tocado vivir.

## 1

Hoy el mar se revuelve agitado. La gran balsa de plástico superficial se mece al ritmo ondulante de las olas. Resulta hipnótico verla danzar bajo la lluvia, como un engendro vivo, hasta perderse en el horizonte.

*Ciudadanos. Una nueva oportunidad, una nueva vida, espera a los recién graduados de nuestra plataforma. El consorcio receptor estará satisfecho. Años de preparación e intensivos controles de calidad han permitido que cumplan los más elevados estándares de productividad. Mañana emprenderán la migración a su primera factoría para iniciar una provechosa trayectoria laboral.*

El agua, 66 plantas más abajo de este despacho circular, lame el nivel 0. Corretea oscura entre las construcciones, revistiéndolas de una densa espuma que viene y va.

*Hace siglos que perdimos nuestros complejos y enseñamos a nuestros niños y jóvenes lo que es verdaderamente útil, lo que hace funcionar el monopolio y, por ende, el mundo. Terminó la incertidumbre. Todos podemos trabajar y, además, disfrutar de satisfactorios momentos de felicidad comunitaria.*

Los vientos cimbrean la alta torre y se imagina subida a uno de esos árboles que solían poblar la tierra, uno de los que, como gigantes curiosos, se asoman desde las alturas para vigilar sus paseos. Sueña cómo sería si el aire fuera respirable y la radiación inocua. Si aun los océanos fueran saludables.

*En 30 minutos comenzará la diversión compartida. Dispóngase a acudir a la sala de recreo en el nivel de subsuelo 8. Aproveche los momentos felices que los créditos del monopolio le garantizan.*

A pesar del permanente flujo de gases que genera una temperatura ideal, la sensación de calor de Olivia es real. Un calor y una presión que parten de la boca del estómago bloquean su garganta. El corazón acelerado martillea sin tenerla en cuenta, queriendo salir del pecho. Se acerca al ventanal, siempre cerrado, y boqueando como un pez en la tierra, mira al exterior con las palmas abiertas sobre el cristal mojado por la tormenta. Frente a ella, y a lo largo de kilómetros de costa, se extiende el núcleo Guadaíra I. Desde que la superficie habitable se redujo, el monopolio garantiza en plataformas como ésta, repartidas por el mundo, la supervivencia.

*Se han notificado tres informes de ineficiencia y ha declinado 10 sesiones de entretenimiento. Detalle, en una palabra, su justificación.*

—Me encontraba mal.

—Disculpe, no la he entendido. Resuma, en una palabra, el motivo de su ausencia.

—Enferma.

—Está usted enferma. No se preocupe. El monopolio cuidará de usted. Espere en su cubículo de alojamiento y producción.

## 2

Después de 12 meses como personal con movilidad restringida, la unidad de desplazamiento interzona le trae recuerdos de su primer trayecto, el vagón rebosante de jóvenes expectantes intentando vislumbrar

su futuro. Años de experiencia, cientos de factorías, miles de momentos, y un sin número de cubículos la separan de aquella jornada, pero hoy, como ayer, trata de imaginar qué le aguarda.

El implante auricular calla por primera vez desde que tiene recuerdos. El silencio interior la hace sentir sola, vacía, hueca, aun rodeada de voces. «¡Un triunfo total! Yasim es una auténtica máquina». Los dos agentes de salud y seguridad que la acompañan hablan celebrando la última competición. La ignoran, dejando que las palabras atropellen el santuario de su inquietud, de su miedo a un destino incierto.

Al salir el transporte a cielo abierto la inmensidad de la planicie, más allá de la línea costera, resulta abrumadora. Marrones, rojos y violáceos, blancos y azules parecen querer acunarla al otro lado del vidrio polarizado. De alguna manera, se siente a salvo abstraída en la árida hermosura del paisaje.

Llegó un día en que se sintió ridícula participando en el disfrute comunal y perdió interés por ganar puestos en el ranking de eficiencia. Comenzó a descuidar los cálculos para el traslado de personal e incluso en una ocasión se presentaron cargos contra ella por generar una asincronía migratoria. Fue por esa época que una breve melodía pareció colarse en su cabeza, como una interferencia persistente que la distanciaba de las instrucciones y recomendaciones del sistema. No podía quitársela de la cabeza. ¿Quería, en realidad?

*Ha accedido a la zona restringida. La acompañarán a su cámara de hospedaje transitorio. En breve será citada por el departamento Nuevos Horizontes. El monopolio trabaja para solucionar sus problemas.*

Había oído emisiones informativas sobre este tipo de lugares: zonas de acceso vetado, hasta para los técnicos de nivel A1 como ella, en las que se investigaban ideas revolucionarias que hicieran viable la supervivencia de la humanidad. Las había en todas las plataformas, también en la suya.

En esta pausa de su existencia en la que el ritmo de lo cotidiano se ha roto en mil pedazos, espera sin terminar de entender qué está pasando. ¿Son ya ocho, diez, quince las horas transcurridas desde que llegó? Los nervios no la dejan descansar en este iglú de cristal, abierto a miradas extrañas. Son decenas los que la rodean en construcciones similares repartidas por una vasta extensión de terreno. Como un mantra, repite la musiquilla que desde hace tanto la acompaña.

*Acuda al nivel -1, Lugar de encuentro 75. Un nuevo horizonte se abre para ti, para todos.*

La sonrisa con que es recibida la golpea en la cara al entrar. No es lo que anticipaba. La falta de rendimiento y su renuncia a los instantes de felicidad programada no presagiaban una recompensa.

—Olivia ¿No es así?

Olivia asiente con la cabeza, cohibida.

—Olivia, nos preocupa usted. Se han puesto en tela de juicio sus derechos de ciudadanía por... ineficacia y actitud antisocial.

—Yo, no... no me he encontrado bien, pero ya estoy mejor.

—Lamentamos que no valore su situación privilegiada, que no aprecie todo lo que el monopolio hace por usted. Nos duele, si bien entendemos que quizás esté usted cansada... de su estancia de alojamiento y producción, de su factoría, de su vida. Nos duele y, sin embargo, no solo no vamos a darle la espalda, sino que pondremos a su alcance algo que, nos consta, anhela: la ocasión de sentir un soplo de aire en la piel, el agua del mar envolviéndola, la lluvia corriendo por sus mejillas.

—No entiendo qué quiere decir. Cómo puede ser posible. La lluvia es ácida, el aire nocivo, el mar...

—Así es ahora, en este año de 2924, cuando ya solo los implantes auriculares nos hablan de un ciclo anterior a la elevación de los océanos y al inicio de un sistema lógico y funcional de instrucción, producción y consumo. Y es ahora, también, cuando exploramos alternativas que nos permitan empezar otra vez y hacer las cosas bien... desde el principio. Olivia, le ofrecemos formar parte de un proyecto revolucionario, de un sueño, de una aventura que muchos envidiarían.

—¿De qué proyecto me habla?

—Por increíble que parezca, le estamos dando la oportunidad de viajar a una era en la que el hombre no había alterado el planeta y, además, ayudar a nuestra gran comunidad con ello.

—Es que yo no...

## 4

Comprimida en la cápsula temporal, Olivia permanece expectante. El temor y la emoción se entrelazan en un abrazo del que no es posible escapar. Atrás quedó la sorpresa, la perplejidad de los primeros momentos, la difícil elección entre el campo de reeducación y este salto al vacío con el que intenta no especular.

*El monopolio le agradece que haya aceptado participar en el proyecto Nuevos Horizontes. El amanecer de un nuevo futuro para la humanidad. Retroceso: 6,38 millones de años. Latitud: 37.3352, Longitud: -5.8428. La transmisión unidireccional de datos a los servidores del monopolio comenzará al efectuarse la transferencia temporal. El implante auricular dejará de emitir en 3, 2, 1...*

El balanceo le hace recuperar la conciencia perdida. ¿Lo ha conseguido? La pequeña burbuja en la que ha viajado se mueve con la marea. Todo indica que la estructura no ha sufrido daños y, pese a su aparente fragilidad, resiste bien los envites del mar. Según el plan, debe tomar muestras en el Estrecho Norbético, el canal que comunica el océano Atlántico con el Mediterráneo, y dejarse llevar por la corriente a tierra

firme, donde seguirá el proceso de recogida de información. Podrá entonces salir del vehículo. La emoción de imaginarse respirando a pleno pulmón un aire joven compartido con especies nunca vistas por el ser humano la embarga hasta el punto de embotar su mente y ahuyentar cualquier temor. Era una mala idea facilitar que el monopolio empezara a explotar el planeta aún antes de la aparición de los primeros homínidos. Lo sabía, pero ya no había vuelta atrás. Estaba allí y no quería pensar en nada más.

El palpitante de forma viva, los colores cambiantes, el jugueteo de la luz en las gotas que chorrean por el envoltorio esférico que la rodea, le hacen recordar la belleza plástica que contemplará desde su cubículo en la plataforma Guadaíra I, en este mismo lugar, 6,38 millones de años después. Una visión que la cautivó hace unas semanas.

Ha perdido la noción del tiempo contemplando el paisaje cuando, en la distancia, advierte una figura oscura que aflora levemente y lanza al cielo un chorro de vapor de agua. «Maldita sea ¿Qué es eso? ¡Vamos, vamos! No te escondas. Quiero verte mejor». Nerviosa, apoya las manos en la cubierta transparente procurando adivinar el lugar en el que pueda emerger de nuevo. Una y otra vez revisa cada oscilación, cada sombra bajo las ondas. De manera automática, los reflectores luminiscentes se encienden abriendo a sus pies un abismo insondable, poblado por miles de pececillos que se desplazan con un movimiento coordinado. Ahí tampoco está lo que busca.

Que pueda desaparecer en las profundidades, la angustia. ¿Volverá a salir? El lomo de un gran animal coronado por lo que evidentemente es una aleta dorsal vuelve a asomar y, un instante después, el de otro de menor tamaño, sin duda, una cría. En ese punto, se alegró del intensivo periodo de formación previo a la regresión temporal y bendijo el programa de aprendizaje de formas de vida miocénicas, por más que al estudiar renegara de su suerte. Vienen hacia ella. Son dos, no, tres ballenas que pronto se dejan ver con claridad bajo el vehículo que transporta a Olivia. Le resulta imposible dejar de reír. Ellas lo llenan todo. La elegancia con que arquean sus cuerpos la maravilla. La mayor, que debe ser una hembra, rondará los 9 metros, mientras que su pequeño, probablemente lactante aún, no debe alcanzar los 4.

Las dimensiones del otro adulto estarán en torno a los 5 metros. Su cabeza de acusada forma apuntada, y la cresta prominente hasta los espiráculos le dan la pista. Las manchas claras de sus aletas pectorales la hacen saltar de entusiasmo «¡Balaenoptera acutorostrata!». Grita, recordando la lección bien aprendida. «¡Balaenoptera acutorostrata!».



Y ríe. Ríe sin parar. Son tres preciosos ejemplares emparentados de alguna manera con el rorcual aliblanco. De menor tamaño que otras especies, impresionantes para cualquiera que tenga la fortuna de verlos. Cómo no recordar con una sonrisa embelesada el talud y la información que acompañaba su llegada a la umbrosa orilla, poco antes de terminar su paseo. «En las cercanías de este talud se hallaron los restos fósiles de un cetáceo, testigos mudos de un pasado que llenan Alcalá de Guadaíra de un fresco olor a mar y un musical rumor de olas».

La ensoñación termina y la sonrisa da paso a un rictus extraño en su cara al observar la velocidad que, pese a sus enormes dimensiones, adquieren los dos adultos. Dan vueltas aproximándose cada vez más a ella y abriendo una enorme boca descoyuntada. Despedida con violencia por el oleaje, advierte con horror cómo sus gargantas se convierten en inmensos globos que las deforman de manera grotesca. Las contempla ir y venir sin cesar diezmando la bandada que les sirve de alimento. El espectáculo la sobrecoge. Se siente pequeña y vulnerable, recostada sobre la flexible esfera en la que navega.

«¡Aaah! ¿Qué ha sido eso?». Grita, levantándose de un brinco. Ha notado una fuerte presión en su espalda y ya no siente nada que no pueda llamarse miedo. A duras penas mantiene el equilibrio en el centro del

transporte en tanto que, ansiosa, intenta levantar con su mirada el velo de mar que la rodea.

A pesar de que para ella cada segundo es una eternidad, no pasa mucho hasta que lo ve. «¿Has sido tú?». Exclama, aliviada. El ballenato se ha acercado y da vueltas en torno a ella, curioso. El susto la ha devuelto a la realidad e, intentando recuperar el control de la situación, decide concentrarse en las instrucciones recibidas.

—Tú vas a ser el primero.

Preparando el brazo articulado, se dispone a practicar la primera punción del registro biométrico de activos. Daba igual que no le gustara la misión. No le habían dejado opciones y desde el principio lo tuvo claro: su vida, aun siendo un asco, era lo más valioso que tenía. Así se lo hicieron notar los responsables del programa *Nuevos Horizontes* al comprobar que el interés por sentir la lluvia en sus mejillas no era suficiente para animarla a hacer un viaje experimental con pocas posibilidades de éxito, 6,38 millones de años atrás. Sí, quería seguir conservándola, aun a este precio. Y, en cualquier caso, si no hubiera aceptado ella, habrían enviado a otro. El monopolio no daría la espalda a un proyecto que podría llegar a darle el control de los recursos de la Tierra primigenia.

No lo había advertido, pero el más pequeño de los adultos se ha sumado a ellos. A lo lejos ve el estrecho y afilado hocico de la hembra, que emerge ligeramente al dirigirse a donde se encuentran.

Ya está lista. Ahora solo queda esperar a que la cría se acerque. Aunque la grisácea piel es lisa, la extracción no es fácil. Es necesario profundizar más allá de la capa de grasa y retirar con rapidez la cánula si no quiere verse arrastrada por el cetáceo. Por un momento, la suerte de ambas es una.

Súbitamente se ve bajo las aguas, golpeándose con el instrumental por todo el cuerpo al rodar en el interior de la burbuja de transporte temporal. En la confusión solo advierte el vientre blanco del joven macho que, malherido, retuerce sus 5 metros frente a un gigantesco ser que lo

hace parecer pequeño. Demasiado asustada para pensar en nada lo ve alejarse mientras, todavía unida al animal por el cable de recogida de muestras, el enorme tiburón desgaja la cola del ballenato. Sus ojos pugnan por salirse de las órbitas. Siente sus latidos con fuerza y le cuesta respirar. Tras comprobar el efecto del ataque, la bestia vuelve. Antes de ser engullida, solo acierta a balbucear, sorprendida de sí misma «Car-charocle megalodon».

—Parece que, después de todo, a Olivia no le ha ido muy bien.

—Un viaje poco provechoso, desde luego... Lástima de cápsula.

—Pero, pensemos en positivo. La regresión ha sido un éxito, en cualquier caso.

—Sin duda, sin duda.

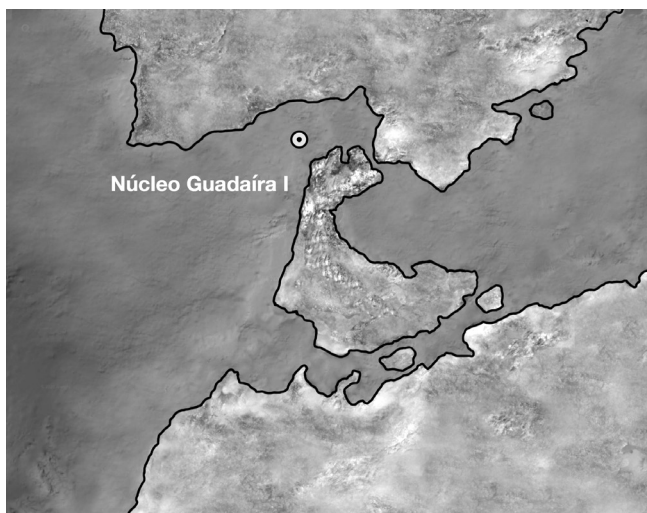
—Y pronto encontraremos otro inadaptado al que ofrecer una vida nueva.

—Así se habla, señor.

# **FORMACIÓN PREVIA A LA REGRESIÓN TEMPORAL**

Extracto





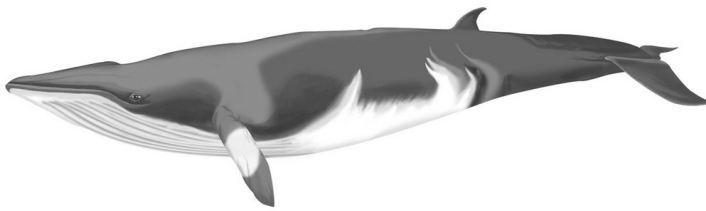
### **El Estrecho Norbético hace 6,38 millones de años**

Memorice las simulaciones cartográficas, pues le facilitarán orientarse tras la regresión temporal. Su despertar tendrá lugar en un lugar cercano a la localización de la actual plataforma Guadaira I, en lo que hace 6,38 millones de años era el estrecho Norbético. Como puede comprobar en el mapa, tanto éste como el Estrecho Surrifeño, más al Sur, constituían las vías de comunicación entre el océano Atlántico y el mar Mediterráneo. Está previsto que abandone el vehículo en el estrecho corredor a que se reduce la vía Norte para continuar con su labor en tierra firme.

En el caso de que el retroceso en el tiempo le sitúe en una fecha distinta a la programada, no se alarme, pero tenga en cuenta los siguientes supuestos:

1. Si la regresión temporal le lleva a un momento del pasado comprendido 5,9 y 5,33 millones de años, encontrará que el Mediterráneo ha quedado aislado por la elevación del terreno derivada del empuje de las placas africana y euro-asiática. Antes de tomar cualquier decisión, considere la alta salinidad y drástica bajada del nivel del mar, de hasta 1.500 metros, que su progresiva desecación provocará.

2. Si su viaje le conduce a la inminente inundación del Mediterráneo, evite, en lo posible, la colosal catarata situada en el recién creado Estrecho de Gibraltar. Aborto cualquier aproximación por mar a dicho fenómeno natural ya que su caudal será tal que producirá una elevación del Mediterráneo de 10 metros al día.



### **Balaenoptera acutorostrata. Rorcual aliblanco**

Se trata de una ballena de cuerpo esbelto que se desliza a gran velocidad, normalmente en solitario o en pequeños grupos familiares. A pesar de su enorme tamaño, puede tener una longitud de 9 metros, carece de dientes y es inofensiva para los humanos. No tiene nada que temer de ella.

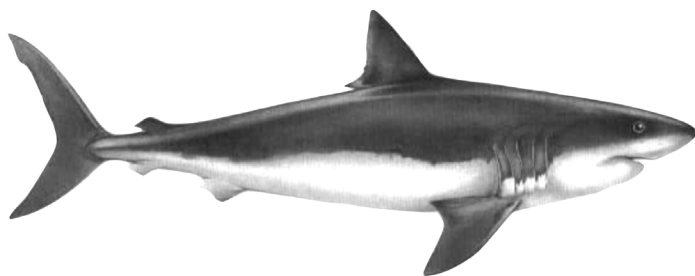
Desde la cápsula dispondrá de una posición privilegiada que le permitirá observar sus rasgos distintivos. El género *Balaenoptera* es diverso pero, si descubre un surtidor recto que se eleva de uno a dos metros en el aire, es muy probable que se encuentre ante el equivalente miocénico del rorcual aliblanco. Si es así, busque en el tercio posterior de su dorso grisáceo una aleta pequeña muy característica de la especie.

Por lo general suelen ser tímidos mas, en el caso de que el ejemplar se aproxime lo suficiente, compruebe si las aletas laterales son largas y estrechas y si están atravesadas por una franja blanca. Blanca ha de ser también la zona ventral.

Al respirar es habitual que asome la punta de su cabeza estrecha y apuntada. Aproveche la cercanía para tomar nota de la marcada cresta que la corona y confirmar así la identificación.

Los pliegues longitudinales de la garganta hacen factible su extensión durante la alimentación. Con este objeto, hacen pasar el agua a través del peine de láminas córneas que cuelgan, muy próximas unas a otras, de la mandíbula superior. Las pequeñas criaturas con las que se sustenta, como el *Mallotus villosus*, quedan atrapadas en las terminaciones hebras de las barbas mientras que el agua ya filtrada sale por los lados de la boca.

La hembra da a luz a un ballenato de cerca de tres metros, al que nutre con su leche durante cuatro o cinco meses. A los seis años los machos, con una longitud cercana a los siete metros, alcanzan la madurez sexual. Las hembras, de mayor tamaño, lo hacen a los siete u ocho años.



### **Carcharocle megalodon**

Lo reconocerá inmediatamente por su gran corpulencia, puede llegar a los 15 metros de longitud, y su robusto cuerpo. Si está atento a la superficie, es probable que vea sobresalir su aleta dorsal que se eleva en la cima del lomo. También resulta distintiva la forma de la caudal, muy desarrollada, que contrasta con una segunda dorsal y una anal muy pequeñas.

Si bien está indicada la recogida de datos biométricos, le recomendamos extremar las precauciones dada su voracidad. En el proceso, manténgase alejado de su morro corto y grueso en el que destaca una boca de hasta dos metros de anchura, con varias hileras de enormes dientes aserrados. Su continuo movimiento dificultará la extracción de la muestra, pero no lo hará imposible. Deje pasar los pequeños y oscuros ojos circulares, las cinco hendiduras branquiales y haga la punción entre las poderosas aletas pectorales y las dos ventrales, más pequeñas. Espere una piel muy áspera compuesta de duras escamas.

De color oscuro en el dorso, se muestra blanquecino por debajo, lo que dificulta advertir una aproximación desde las profundidades.

Es un depredador temible que se alimenta de grandes presas como ballenas y delfines, pero que no desdeña otros mamíferos marinos y que tampoco hace ascos a los peces grandes o las tortugas. Se concentra en dañar las aletas u otras partes con huesos de la presa, que probablemente sea embestida por sorpresa desde abajo. En el caso de presenciar un ataque, no deje de admirar cómo la mandíbula se proyecta para cerrarse con una fuerza de mordida brutal.

RAFAEL CASTILLO GÓMEZ



## LEYENDAS DE BALLENAS

### GOOS (LEYENDA TEHUELCHÉ)<sup>1</sup>

Aquello se había convertido en un problema. Se sabía que no lo hacía queriendo, pero con su corpulencia y sus cortas patas, aplastaba todo en su camino. A ello se sumaban sus grandes bostezos. Cada vez que abría la boca soñoliento, aspiraba con tal fuerza que se tragaba todo lo que tuviera cerca: árboles de todos los tamaños, animales pequeños y grandes, aldeas enteras con niños y mayores, con sus casas y ganado...

Goos no era malo, pero se había convertido en el horror de los tehuelches. Con solo ver a lo lejos su inmenso cuerpo deslizándose con dificultad, huían despavoridos. Llegaban incluso a desmontar sus hogares presurosos y resignados. Pero esa no era solución y todos lo sabían.

Fue así como recurrieron a su héroe Elal. Siempre había velado por ellos: les reveló el gran misterio del fuego y les dio arco y flecha con los que defenderse y cazar. Ahora, sin embargo, la recia piel de Goos hacía inútiles esas armas. Y además nadie quería matarlo, pues comprendían que nada de lo que hacía era fruto de la maldad.

Cuando Elal lo vio, comprendió que habría de utilizar el ingenio. Varios días estuvo observándolo y otros tantos meditando el asunto. Estuvo

---

<sup>1</sup> Se conocen como tehuelches a los pueblos y tribus indígenas que poblaron la zona de la Patagonia en América del sur (Argentina y Chile). Sus orígenes pueden rastrearse hasta 4.500 años atrás. Se trató de un pueblo nómada terrestre que no se dedicó a la navegación. La adopción del caballo tras la llegada europea produjo grandes cambios en su modo de vida.

de acuerdo con los demás: no daban ganas de matarlo, más bien parecía desubicado, fuera de sitio, como en un mundo que no le correspondía.

Al quinto día, después de estas reflexiones, se metamorfoseó en tábano. Lo agujeró incansable, hasta que Goos harto abrió su bocaza y se lo tragó. Allí dentro estaba oscuro, pero Elal esperó a que se hiciera la luz con su bostezo. Efectivamente el vientre estaba lleno de todo lo tragado: árboles de todos los tamaños, animales pequeños y grandes, aldeas enteras con niños y mayores, con sus casas y ganado... Empezó entonces a picotearle las entrañas infatigablemente. Goos se revolvía incómodo al principio, desesperado al poco tiempo. Deseoso de expulsar al fastidioso tábano, arrojó con todas sus fuerzas todo lo demás. Salió de su boca todo lo que había estado tragando hasta entonces.

Elal, apiadado de él, lo condujo al mar. Allí lo convenció para que probase. Goos al principio se mostró reacio, pero cuando se introdujo en las olas, cuando sumergió su enorme cuerpo y lo notó ligero, casi ingrátido, cuando sus cortas patas, que de poco habían servido en tierra, se mostraron ágiles aletas, terminó brincando de gozo: entrando y saliendo, resoplando y retozando. Pero una cosa estaba clara, había que cuidar que sus bostezos no devastaran también la vida marina. Así que el héroe tehuelche le prohibió tragar nada que no tuviera el tamaño mínimo de la uña de nuestros dedos meñiques.

Ahora los tehuelches de la Patagonia ven a la ballena y recuerdan a Goos. Se alegran por él. Al fin está donde le corresponde, donde encuentra la felicidad de sentirse en su sitio.

## **NATSINALE (LEYENDA TLINGIT)<sup>2</sup>**

Llegó a la aldea vecina con el corazón alborozado. Había decidido al casarse ir a vivir donde su esposa. No fue decisión fácil, pero ahora se sentía animado a hacerse un hueco en su familia. Al poco tiempo

---

<sup>2</sup> Grupo indígena de la costa noroeste del Pacífico de América del Norte (islas y tierras costeras del sur de Alaska). Su sociedad era compleja, basada en linajes y clanes de legendarios ancestros comunes, representados en palos totémicos. Pueblo recolector, cazador y pescador. Vivían en campamentos estacionales cerca de fuentes de alimentos y agua.

Natsinale había conseguido aceptación y respeto: sus habilidades como tallador y cazador, y su buen talante lo hacían agradable a todos.

Sus cuñados, personas oscuras y de malos sentimientos, sentían envidia de él. Su padre parecía haberlo aceptado como a un hijo más y no paraba de alabar sus muchas virtudes. Eso les envenenaba el alma y maldecían el día en que llegó. Debemos hacer excepción, sin embargo, del más pequeño. Había visto en Natsinale a un hermano mayor del que tomar ejemplo y siempre andaba siguiéndolo como el más fiel de los discípulos.

El día de la caza de la Gran Foca, Natsinale y sus cuatro cuñados se embarcaron con sus lanzas bien afiladas. Se trataba de un acontecimiento importante y como cada año, participaban todos los hombres con un espíritu feliz y arrojado. Así iba también el joven forastero, que se había despedido de su mujer aquella mañana con una sonrisa y la promesa de una gran presa.

Estaba la mar un poco revuelta, pero nada que frenase el entusiasmo de Natsinale. Su canoa puso rumbo a la Roca del Diablo del Oeste. Cuando ya iban acercándose, vieron algunos leones marinos entre las aguas agitadas. Sin dudarlo, saltó de la embarcación alzando el arpón. Fue a hundirlo en un ejemplar joven. Con tal fuerza se revolvió que escapó con la punta clavada en el costado. Natsinale se volvió con el palo en la mano; oía a su cuñado menor llamarlo. Al principio no entendió bien qué ocurría: la nave se alejaba y los gritos del muchacho eran desesperados. Vio que los demás lo sujetaban y allí de pie entre las olas comprendió que se alejaban. Lo abandonaban a su suerte en aquel lejano escollo. Sabía del rencor de los hermanos de su esposa, aun así nunca los imaginó capaces de aquello. Llegó a la orilla de una playa llena de los restos de mil temporales, y temblando de impotencia cayó en la arena abatido, sintiéndose perdido.

El cansancio del sufrimiento debió dejarlo dormido, porque despertó sintiendo que lo sacudían. Un león marino en forma de hombre le hizo señas para que lo acompañara. Natsinale se levantó dolorido y exhausto, desanimado por primera vez en su vida, tanto que ni siquiera se mostró sorprendido. Lo siguió, pues nada tenía que perder. Se acercaron a las rocas y vio cómo el hombre recobraba su forma animal y se hundía en

las aguas. Lo mismo hizo él. Se sumergió en pos de su guía y buceó, hasta por fin sacar la cabeza en una gran oquedad rocosa, la Casa del León Marino. Allí estaba el jefe, más grande en dimensiones que el resto, mirándolo con ojos acuosos y tristes. No hablaron, ¿cómo podrían hacerlo? Pero se entendieron sin palabras. Transmitió a Natsinale su dolor de padre y pidió al hombre que ayudara a su hijo que yacía malherido, con la punta de un arpón en su costado. Comprendió que aquella cría había sido su víctima.

Sanó el ejemplar, más por su juventud y fortaleza (pensaba Natsinale) que por sus dones curativos, pues se había limitado a arrancar con gran esfuerzo lo que lo estaba matando. Sea como fuere, su padre se mostró muy agradecido. En pago le proporcionó habilidades y técnicas que le permitieran salir de la isla y vengar su infortunio.

Fue así que le mostró los árboles de madera más resistente y moldeable a la vez. Le indicó qué tronco se adaptaba mejor a la forma de una pequeña balsa con la que ir de regreso.

Llegó de noche. Se deslizó silencioso a través de la aldea. Se asomó a la casa. Allí estaban todos durmiendo con el fuego aún humeante. De puntillas, conteniendo casi la respiración, se acercó a su esposa. La despertó tapándole la boca para que no gritara. Una vez fuera, la mujer le explicó con un hilo de voz entrecortada de emoción cómo aquel día habían llegado sus hermanos contando que se había ahogado en el intento de cazar un gigante león marino. El pequeño aún no había dejado de llorarlo y no había abierto la boca para decir una sola palabra desde entonces. Se había creído viuda y ahora besaba las manos de Natsile mojándolas en lágrimas. Él a su vez le pidió que no contara su regreso: nadie debía saberlo. Ella lo miró con ojos enrojecidos. Supo que la suerte de sus hermanos estaba echada. Tomó sus herramientas y se internó en el bosque.

Allí permaneció oculto mucho tiempo intentándolo una y otra vez. Probó cada uno de los tipos de madera de los que le había hablado el jefe de leones. Aunque en sus manos, ahora mucho más hábiles, la madera se volvía dúctil, no terminaba de encontrar la que se convirtiera en la criatura que habría de vengarlo. Pasaron semanas y sus manos se encallecieron. Por fin, un día encontró un gran cedro amarillo. Modeló

entonces al Gran Pez. Lo dotó de una forma tal que hiciera una con el agua donde viviría, de extraordinarias proporciones una aleta a su espalda sobresalía amenazante, pero respiraría el aire que los humanos, acercándolo así a su creador. Y sobre todo, lo hizo cazador implacable de gran instinto. Lo llevó al mar donde el cedro tallado cobró vida: perdió rigidez de repente, dejó de flotar como tronco a la deriva, para deslizarse con elegancia, arqueando su brillante y terso cuerpo, resplandecientes al sol las manchas blancas que se le dibujaban bien definidas. Con voz de trueno Natsinale le ordenó que fuera en busca de sus cuñados, a esas horas posiblemente ya de cacería, pero que cuidara de dejar con vida al más pequeño. El animal se mantuvo atento un momento y después dio media vuelta y se alejó entrando y saliendo del agua con ritmo acompasado, seguro, ineludible.

Se arrastró el muchacho hasta la orilla. Jadeaba y tosía. Los que lo vieron llegar acudieron corriendo, y le preguntaron qué había pasado. Contó entonces cómo un gran pez negro y blanco los había atacado en mitad del mar. Lo describía como una criatura jamás vista, de gran tamaño, hábil y con la intención segura de acabar con ellos. Sin embargo, recordó cómo a él lo había ayudado empujándolo suavemente hasta una distancia de la playa que pudiera recorrer a nado. Lo había salvado, mientras a los demás los había asesinado a dentelladas feroces. Entre sollozos ya no pudo callar más el secreto que había estado guardando por temor a sus hermanos. Relató entonces el episodio del día de la caza de la Gran Foca. El padre lloraba la muerte de sus hijos, pero también su maldad. Comprendieron todos que lo que había pasado debía ser una venganza.

Cuando Natsinale abandonó su escondite, cuando salió del bosque y entró en el poblado, desgredado y con ojos febriles, pensó que lo rechazarían. Sin embargo, todos lo acogieron comprensivos. Su esposa, su suegro y su joven cuñado lo abrazaron. Al momento, sin embargo, clavó sus ojos en el mar y se fue directo a la orilla. Todos lo siguieron. Vieron aparecer entonces el cuerpo ondulante y voluminoso, reluciente y pulido. Natsinale alzó la voz para agradecer al animal el cumplimiento exacto de sus órdenes y añadió: «Serán estos los únicos y últimos humanos a los que mates. Respétalos a partir de ahora, dirige tu cacería a otros seres. Permite que disfrutemos de la admirable visión de tu figura, sin que temamos por nuestras vidas».

Y ahí están las orcas y ahí estamos nosotros. Cuando aparecen ante nuestros ojos, vemos la obra de Natsinale, el gran tallador de los tlingit. A él debemos también que se nos acerquen pacíficas, hasta poder rozar casi la lisa tersura de sus lomos.

### **CABALGADOR DE BALLENAS (LEYENDA MAORÍ)<sup>3</sup>**

La alargada figura de la embarcación relumbraba al sol aquella mañana: pintada de rojo, con elaborados relieves y figuras en ambos extremos de divinidades entre amenazantes y protectoras. La gente miraba curiosa cómo la amplia familia de Uenuku, líder local de Hawaiki, se aprestaba a subir a su flamante waka taua. Tenía setenta y un hijos de distintas esposas, todas ellas de alto linaje, excepto una que había sido esclava, la madre de Ruatapu.

Ningún peine sagrado había dado forma a sus cabellos el día antes. Cuando reclamó a su padre el rito del peinado previo a la inauguración de la nave, este le había contestado con la naturalidad de quien afirma lo evidente:

—El peine sagrado solo se usa en cabezas de nobles.

No era la primera vez que Ruatapu sufría el desprecio de su origen. Sabía, por ejemplo, que los otros setenta llegarían a ser jefes y líderes reconocidos. Pero no él. Desde pequeño el rencor fue haciendo su carácter; nunca supo asumir su papel secundario, leía en la mirada de todos una soterrada burla, un desdén mal disimulado. Y aunque sus hermanos siempre le mostraron aprecio, los odiaba con toda su alma.

Aquella noche había compartido mesa como siempre con su familia. Simuló comer con apetito, pero se retiró pronto excusando un repentino dolor de cabeza. Había empezado a planear su venganza desde que se

---

<sup>3</sup> Pueblo polinesio, posiblemente los primeros pobladores de Nueva Zelanda, que llegaron a estas tierras migrando de la Polinesia Oriental entre los siglos XI y XIV. Según su tradición oral, viajaron en canoas desde su mítica tierra natal, Hawaiki. Aislados del resto del mundo, crearon una cultura distintiva de gran conexión con los elementos de la naturaleza.

taló el gran árbol para la construcción de la canoa y la vigiló con ansia. En mitad de esa noche oscura se deslizó hasta ella con herramientas en la mano. Hizo un agujero en el fondo, que rellenó después con astillas de madera. Se aseguró de que no se notara, de que fuera compacto el sello de la abertura, y sudoroso y jadeando por el esfuerzo volvió a su lecho, donde esperó con los ojos bien abiertos a que amaneciera.

A la mañana siguiente todos subieron a bordo: sus hermanos, luciendo cabellos ungidos en aceite y atados en moños..., y él. El padre vio orgulloso cómo la nave se adentraba en el mar, grácil y robusta a un tiempo, cómo sus hijos la manejaban diestros y seguros. Así se alejaron poco a poco de la costa hasta que se les perdió casi de vista, ya solo un punto oscuro en el horizonte.

Todos gozaban del placer de surcar las aguas, aquella mañana especialmente plácidas, casi juguetonas. Las voces masculinas y risueñas se mezclaban con el traqueteo de las olas en la madera. Ruatapu fingía. Solo Paikea notó un brillo extraño en su mirada. De todos fue siempre el más atento a los sentimientos de Ruatapu; gentil por naturaleza, comprendía el orgullo herido de su hermano. Pero el sol lucía en un cielo sin nubes y una suave brisa refrescaba sus cuerpos: al momento desdeñó sus aprensiones.

Se deslizó Ruatapu aprovechando que los demás se entretenían observando las piruetas de un grupo de delfines. Quitó el sello del agujero sin que los otros lo advirtieran y empezó el mar a tomar posesión de la waka taua. Tras el primer desconcierto, intentaron achicar agua, pero entraba con tal fuerza y rapidez que nada podían hacer. En la confusión del afán de salvarse, Ruatapu los cogió desprevenidos: uno a uno fue asestándoles un golpe en la cabeza que los tiraba al mar medio inconscientes. Sabía que eran fuertes y expertos nadadores. No podía arriesgarse a que alguno sobreviviera. Paikea lo vio venir tambaleante con ojos enfebrecidos. Al punto comprendió la magnitud de su odio, la locura de su venganza. Antes de recibir el golpe, se arrojó al mar. La canoa estaba a punto de ser tragada por las olas y sosteniéndose como podía gritaba de rabia Ruatapu.

Fue entonces cuando Paikea invocó a su antepasado Tangaroa, dios del mar. También él sufrió el ataque de su hermano Tawhirimatea y se

vio obligado a esconderse en las profundidades de las aguas marinas. A su comprensión apeló. Su voz entrecortada de desesperación se oyó aun sobre el sonido de la nave naufragando.

—Tangaroa, en tus manos me pongo. Acógeme en tu reino por toda la eternidad o concédeme sobrevivir para seguir venerándote.

Fue entonces cuando al poco un gigante lomo de acero sobresalió de la superficie, sacudiéndola con su inmensa cola. Desapareció un instante la ballena y volvió a salir lanzando al aire un largo chorro de mil gotas de vapor de agua. Paikea supo que sus súplicas habían sido oídas. El animal se le arrimó brindándose con mansedumbre y subió el joven a su costado con un suspiro de alivio. Allí se sujetó como pudo a la piel rugosa en unos sitios, lisa y brillante en otros.

Muchas veces ha contado a sus nietos la inigualable sensación de ser uno con la ballena. Se deslizaban veloces sobre las sacudidas de las olas y tanta era su fascinación que por un momento olvidó la tragedia que dejaba atrás: sus hermanos muertos y Ruatapu sujeto a un madero, loco de ira, al verlo alejarse. Lo sabía Paikea un buen nadador; sin duda volvería a salvo a contarle a su padre que un terrible accidente los había arrojado al mar y que de sus setenta y un hijos él era el único superviviente. Por ello Ruatapu puso su último empeño en terminar con él. Crispadas las manos en la tabla, cerró los ojos y balbuceó con voz ronca el sortilegio que su madre esclava le había enseñado de pequeño. «Serás siempre el más débil, te harán de menos; pero tuya será la fuerza maligna de este encantamiento». Emergieron entonces cinco ballenas negras como la noche, refulgían sus ojos con oscuro fuego. Emprendieron la persecución como quienes vuelan sobre las aguas. Paikea volvió la vista y vio el prodigio. Se creyó perdido. Sin embargo, casi sintió el palpar acelerado del corazón del animal, que se lanzó con más ímpetu aún. Se dirigió al norte sabiendo bien que allá encontraría tierra firme donde dejarlo. Se dejó llevar, mirando de vez en cuando a sus espaldas las cinco bestias que se alzaban como montañas. Ya casi sentía el bufar de sus fauces en la nuca, cuando atisbó en el horizonte la línea verde y dorada de una playa cercana. Su ballena se acercó cuanto pudo, a riesgo de quedar varada. Para impedirlo, Paikea se tiró al agua desde lo alto de su lomo y antes de empezar a nadar con todas sus fuerzas rozó con su mano agradecida la cabeza de

su salvadora. Esta lo miró con ojos casi humanos, y se revolvió resuelta a impedir que las otras lo alcanzaran antes de llegar a la costa. Tras de sí dejó una inusual batalla. Fatigado se tiró en la arena y al instante miró queriendo saber la suerte de su compañera. Las otras eran más, pero ni tan corpulentas ni tan decididas como ella. Temerosas de embarrancar dieron media vuelta enfurecidas lanzando al cielo líneas difusas de agua. Se dice que en su camino de vuelta al infierno de donde salieron, arrasaron con Ruatapu que las vio venir vencidas y ansiosas de sangre.

Allí desde entonces reinó Paikea, y después sus hijos y los hijos de sus hijos. Y un poco más allá, tan cerca que parece poder tocarse con la mano, hay otra isla más pequeña. Tiene una forma peculiar, alargada y sinuosa. Así quedó eternizada la hazaña de la ballena, convertida en tierra donde el hombre pueda encontrar acogimiento, como el que dio al hijo de Uenuku, aquel día ya tan lejano en que su vida dependió de ella.

### **BAKEKIJIRA (LEYENDA JAPONESA)<sup>4</sup>**

En las aldeas pesqueras como aquella los hombres oteaban el horizonte cada amanecer adivinando el humor con que se había levantado el mar esa mañana. Lo sabían preñado de peces. Pero esos bancos plateados y tumultuosos parecían saber esquivar sus redes. Con el hatillo que las mujeres les habían preparado subían a sus humildes barcos. Tal vez alguno de ellos había contado la noche antes a su hijo, que lloriqueaba con el estómago vacío, las proezas de antiguos marineros como él que habían cazado ballenas gigantescas con las que se habían alimentado semanas enteras. Entonces las chimeneas habían humeado cocinando su carne y las lámparas habían brillado con su grasa. Calló, sin embargo, lo que todos sabían: no le habló de los Bakekijira.

Varias barcasas se cimbrecaban ya a cierta distancia de la costa. Fae-naban en silencio, lanzando redes que las más de las veces subían vacías.

---

<sup>4</sup> Al ser una nación insular, las fronteras de Japón no son terrestres. Es por ello que su gran referente ha sido el mar, donde tenían una fuente básica de alimentación. La caza de ballenas formó parte de sus vidas desde muy antiguo, comenzando el uso del arpón en el siglo XII. A partir de 1950 se convirtió en uno de los mayores países balleneros del mundo.

El mar era de acero ondulante; el cielo, plumizo sin nubes; el único sonido, el batir de las olas contra las maderas. Al cabo, escucharon graznidos que no supieron identificar. Alzaron la vista y no encontraron gaviotas o cormoranes, sino unos pájaros que parecían solo de plumas y huesos, con picos largos y puntiagudos y afiladas garras. No eran uno ni dos, eran cientos volando muy bajo casi a ras del agua, que se elevaba arqueada como el lomo de un animal gigantesco. Alborozados, cogieron arpones y lanzas. Un chorro de agua salió disparada en aspersión varios metros hacia arriba. Las embarcaciones se movían agitadas por las olas que la bestia levantaba. Muchos metros parecía tener el animal, que nadaba acompañado por extraños peces de figura indescritible y desigual. Los marineros no reparaban en ellos ni en las aves que a veces casi los rozaban con sus cadavéricas alas. Solo intentaban no perder de vista la presa que adivinaban entre las oscuras aguas. Apuntando dispararon entonces todos a una. Pero sus lanzas y arpones se perdieron en lo hondo como tragadas por el mar. Fue entonces cuando despertaron del desenfreno de la caza. Fue entonces también cuando vieron elevarse, dibujándose poco a poco, definiéndose surgidos de la oscuridad del abismo los huesos de un inmenso esqueleto de ballena. Petrificados ante su propia locura, siguieron observando el espectro, que entraba y salía dejando al descubierto su blanca osamenta, hasta que desapareció en el horizonte seguido de su fantasmal cohorte, cuyos graznidos fueron perdiéndose en la lejanía. Ya solo quedó de nuevo el sonido del batir de las olas contra las maderas.

La noche antes el padre no habló a su hijo de los Bakekujira y aquella mañana todos habían olvidado la maldición de las ballenas asesinadas, arrebatados en el fragor de la lucha, poseídos por la humilde ambición de llenar las cazuelas de carne fresca. Acordaron callar la macabra aventura, como si eso evitara que se cumpliera el maleficio.

De la aldea hoy no queda nada. El hambre asoló a sus habitantes, que no pudieron sacar del mar nunca más sustento alguno, una plaga de cruel enfermedad mató a otros y un incendio arrasó finalmente con lo que quedaba. Y es que los Bakekujira, las almas de las ballenas, buscan venganza en quienes las mataron. Los marineros saben que ese es el precio.

GRACIA MARÍA SÁNCHEZ COBANO

## ÍNDICE

|                                                                 |           |
|-----------------------------------------------------------------|-----------|
| <b>«AQUÍ HAY BALLENAS...» .....</b>                             | <b>5</b>  |
| <i>Francisco Mantecón Campos</i>                                |           |
| <b>HISTORIA DE LA BALLENA FÓSIL DE ALCALÁ DE GUADAÍRA .....</b> | <b>9</b>  |
| <i>Joaquín Cárdenas Carretero</i>                               |           |
| <b>GUADAÍRA I .....</b>                                         | <b>25</b> |
| <i>Rafael Castillo Gómez</i>                                    |           |
| 1 .....                                                         | 26        |
| 2 .....                                                         | 27        |
| 3 .....                                                         | 29        |
| 4 .....                                                         | 30        |
| Formación previa a la regresión temporal (Extracto) .....       | 35        |
| <b>LEYENDAS DE BALLENAS .....</b>                               | <b>41</b> |
| <i>Gracia María Sánchez Cobano</i>                              |           |
| Goos (Leyenda tehuelche) .....                                  | 41        |
| Natsinale (Leyenda tlingit) .....                               | 42        |
| Cabalgador de ballenas (Leyenda maorí) .....                    | 46        |
| Bakekujira (Leyenda japonesa) .....                             | 49        |



Paisajes con Letras

Esta colección, iniciativa del Museo de Alcalá de Guadaíra, está formada por textos que tengan como marco o referente los paisajes y elementos del patrimonio cultural de esta ciudad.

### NÚMEROS PUBLICADOS

- Nº 1. *Historia viva*, de Carmen Troncoso de Arce (2015).
- Nº 2. *La torre mocha*, de Carmen Troncoso de Arce (2015).
- Nº 3. *El encanto por los celos y Fuente de la Judía*, de Cristóbal de Monroy y Silva (2017).
- Nº 4. *La Tapada*, de José María Gutiérrez de Alba (2017).
- Nº 5. *Compendio de la Fundación y Antigüedad de la Villa de Alcalá de Guadaíra*, de Pedro León Serrano (2017).
- Nº 6. *Catálogo Arqueológico y Artístico de la Provincia de Sevilla. Tomo I (A-B) –Alcalá de Guadaíra–*, de José Hernández Díaz, Antonio Sancho Corbacho y Francisco Collantes de Terán (2018).
- Nº 7. *Relatos de Alcalá: El Molino del Algarrobo en Alcalá de Guadaíra. En los Meandros del Guadaíra*, de Eugenio Noel (2018).
- Nº 8. *Aproximación al imaginario de los últimos molineros*, de Francisco López Pérez (2019).
- Nº 9. *Alcalá de Guadaíra en los diccionarios geográficos del siglo XIX*, edición e introducción de Marcos Fernández Gómez (2019).
- Nº 10. *La revista Oromana (1924-1928)*, edición e introducción de Marcos Fernández Gómez y José María Barrera López (2019).
- Nº 11. *El tiempo sumergido. Una crónica y cinco relatos sobre la ballena de Alcalá de Guadaíra*, de Joaquín Cárdenas Carretero, Rafael Castillo Gómez y Gracia María Sánchez Cobano (2020).



Este libro se terminó de imprimir en los talleres de Artes Gráficas Pinelo un atardecer de octubre de 2020, a la hora en que algunos dicen que, en el entorno del Molino de La Aceña, se oye el chapoteo en el agua de algún ser de gran tamaño.







Ayuntamiento de  
**Alcalá de Guadaíra**